

Sobre el «neoromanticismo» musical británico

LA MODA SE PONE DE MODA

AGUSTIN TENA

Los azares periodísticos del titular y el encabezamiento han hecho que las más recientes tendencias de la música *pop* inglesa queden englobadas bajo ese «nuevo romanticismo», sospechoso aforismo que se aplica, incluso, a algunas bandas madrileñas. Dejando a un lado la consideración de que las auténticas pulsiones románticas —aunque se den en los años 80— son una forma de clasicismo (pocos susceptibles, por tanto, de ser recicladas, publicitariamente), no resulta difícil descubrir porqué los nuevos grupos

son llamados así, ni hace falta un gran desplante documental para encontrarles etiquetas más adecuadas a su condición musical y sociológica. Ello no debe impedir, desde luego, la escucha atenta de sus obras, que son piezas de cuidada elaboración y sugestivo poder rítmico, pero va siendo conveniente olvidar la idea que tanto nos animó hace unos meses: la de que estas bandas rechazaban toda marginalidad cultural y unían a su fuerza musical un mínimo bagaje de formas artísticas capaces de trascender.

LA cosa tiene orígenes e influencias confesas, y de ellas hablaremos aquí, pero se puede empezar reseñando el éxito —en el último trimestre de 1980— de los exóticos *Adam and the Ants*.

Ellos, tras la explosión de la *new wave*, se concentran en los fines de la *dance music* y tratan con extrema atención lo concerniente a la *imagen* del grupo, tanto en el *styling* (diseño, aproximadamente) como en lo que llaman *fashion* (moda). No en vano, su líder, Adam Ant, había abandonado el diseño gráfico poco antes, aunque iba a seguir ejerciéndolo en su nueva ocupación, creando y dibujando toda la promoción gráfica de estas *hormigas de Adán*, que vendieron cientos de miles de copias de su *antmusic*. El lanzamiento no se limitaba a las chapas y camisetas publicitarias típicas: Adam y sus instrumentistas se vistieron con casacas de húsares y se pintaron y peinaron como indios americanos. La extraña fusión de efectos militares tenía un pretexto ideológico: Adam reivindica con insistencia la figura del guerrero, aunque se declara apolítico y enemigo de la violencia. Lo que le apasiona es que «los guerreros son



Steve Strange, un excéntrico que se pasea por Kings Road, en Londres, y deja igual de atónitos a los punks de cueros y alfileres que a los turistas que han ido allí a ver a los punks.



«Spandau Ballet» un grupo que está en la avanzadilla neorromántica. Se les supone un culto a la belleza que conociéndolos es presunción más que cuestionable.

como pavos reales, tienen integridad e independencia. Usan un maquillaje único que les diferencia del resto de la tribu. Están por encima de la violencia.» Al mismo tiempo, Adam predica que la música debe ser sexual, y proclama como influencias cercanas las danzas de los zulús, masai, sioux y otras tribus africanas y americanas. En efecto, el suyo es un sonido indudablemente primitivo, y su banda cuenta con dos percusionistas que llenan los temas de ritmos salvajes, sacados de las más diversas cajas, tambores y platillos. Sin embargo, en rigor no parece apropiado incluir al grupo en los llamados neorrománticos. Si aquí se les cita es por el mencionado tratamiento de la imagen, que sí será una constante en aquellos, y porque también son un precedente adecuado dada su dedicación exclusiva a la música bailable.

Pero hay algo que separa claramente a las *hormigas* de las nuevas corrientes —que, por cierto, han recibido infinidad de nombres, aparte del que ha llegado hasta nosotros: *New Dandies*, *Futuristas*, *New Funk music*, *Cool Wave*, *Blitz Kids*, etcétera—. En su furor guerrero, *Adam and the Ants* prescindieron de toda sofisticación técnica. Su sonido es lo más parecido a las danzas tribales que se puede hacer con instrumentos eléctricos de cuerda y voces británicas, sin descuidar las imposiciones de la comercialidad. Los grupos que aparecen y triunfan muy poco después de ellos —*Visage*, *Spandau Ballet* y *Orchestral Maneuvres in the*

Dark son quizá los más destacados—, por el contrario, hacen de la electrónica una de las bases de su trabajo. En el caso de *Maniobras Orquestales en la oscuridad* (autores de *Enola Gay*, tema de gran éxito en España), nos encontramos con dos ingenieros electrónicos de Liverpool que diseñan los instrumentos que utilizan, y en el primer clepé de uno de los grupos más recientes, los siderales *Landscape*, hallamos multitud de nuevos sonidos, insólitos e irreconocibles, como salidos de un sueño cibernético que hubiera sorprendido al propio Orwell. En este sentido, no es descabellado afirmar que los jóvenes músicos están en deuda con otros de los años setenta, gentes como Robert Fripp, Brian Eno o los alemanes Kraftwerk, que trabajaron durante años con sintetizadores, novísimos filtros acústicos para sus guitarras, precisas cajas de ritmos y otros ingenios, sin encontrar la respuesta del público. Hace unos meses, el citado Brian Eno publicaba un espléndido disco que, continuando su valiosa labor de experimentación, mezclaba fríos sonidos electrónicos con las voces místicas y casi líquidas de cantantes y coros musulmanes, grabadas originalmente en el norte de África. Las nuevas generaciones, tal vez menos preocupadas por la investigación, supieron al menos escuchar y aprender de estos hombres tachados por un exceso de vanguardismo (que, además, era y es anticipación), y aplicaron sus enseñanzas a la música que, a finales de los 70, cautivaba a todos

los que no entendían qué era eso del *punk-rock*: la *disco music*, que tenía sus raíces en la música negra de los 60, y más concretamente en el *soul* y en el *funk*; y su gran virtud era su condición de música bailable.

Así pues, el éxito de los nuevos ritmos, en el plano musical, está en la determinación de hacer una *música bailable sintetizada*, sin más pretensiones, que puede llegar a más público que el desquiciado y agonizante *punk* o la ingenuidad poprockera de la *new-wave* blanda. Y esa es la intención primera, pero los jóvenes están muy acostumbrados a la sociedad industrializada y consumista, y saben bien que para salir adelante deben no sólo atender a la imagen y desplegarla con profusión, como Adam (que para los neorrománticos es una especie de «folklórico»), sino que tienen que ponerse a cultivar un entorno sugestivo, un halo visual que ha de prender en los jóvenes que, como ellos, están ya hartos de existencialismo y otras culturas académicas. Es necesario tener eso que se llama «un carisma», y para edificarlo no hay nada mejor que recurrir a las *élites* y desproveerlas de sus exclusividades culturales. Los viejos héroes del *pop* —Andy Warhol, David Hockney, Mick Jagger, etc.—llevan muchos años coqueteando con la *jet society*. A principios de los 70 fundaron una revista —la famosa *Interview* de Warhol— a la que no le han surgido más que imitadores (ahora, incluso en España: *Cara a Cara*, *Diagonal*, *Latino*, la absurda *Hecho en Ma-*

LA MODA SE PONE DE MODA



Portada del disco de «Visage», un grupo creado por Steve Strange que recuerda bastante a los supergrupos que aparecían y desaparecían en los años setenta.

drid, Night...), y no tardaron en inundarla de grandes fotos y secciones influidas por las publicaciones que leía la jet: *Vogue*, etc. Resumiendo, la alta moda se había introducido en la cúspide del *pop*, fascinando a los próceres de lo que se llegó a conocer como el *underground*. Lo que hace 15 años estaba bajo tierra ha salido de la oscuridad para lucir el brillo intenso pero restringido de la exhibición frívola en las discotecas más *chic* de Nueva York. El elitismo neoyorquino, en una evidente contradicción con el concepto de *élite*, se imita en Londres, en Amsterdam, en París y en Madrid y Barcelona.

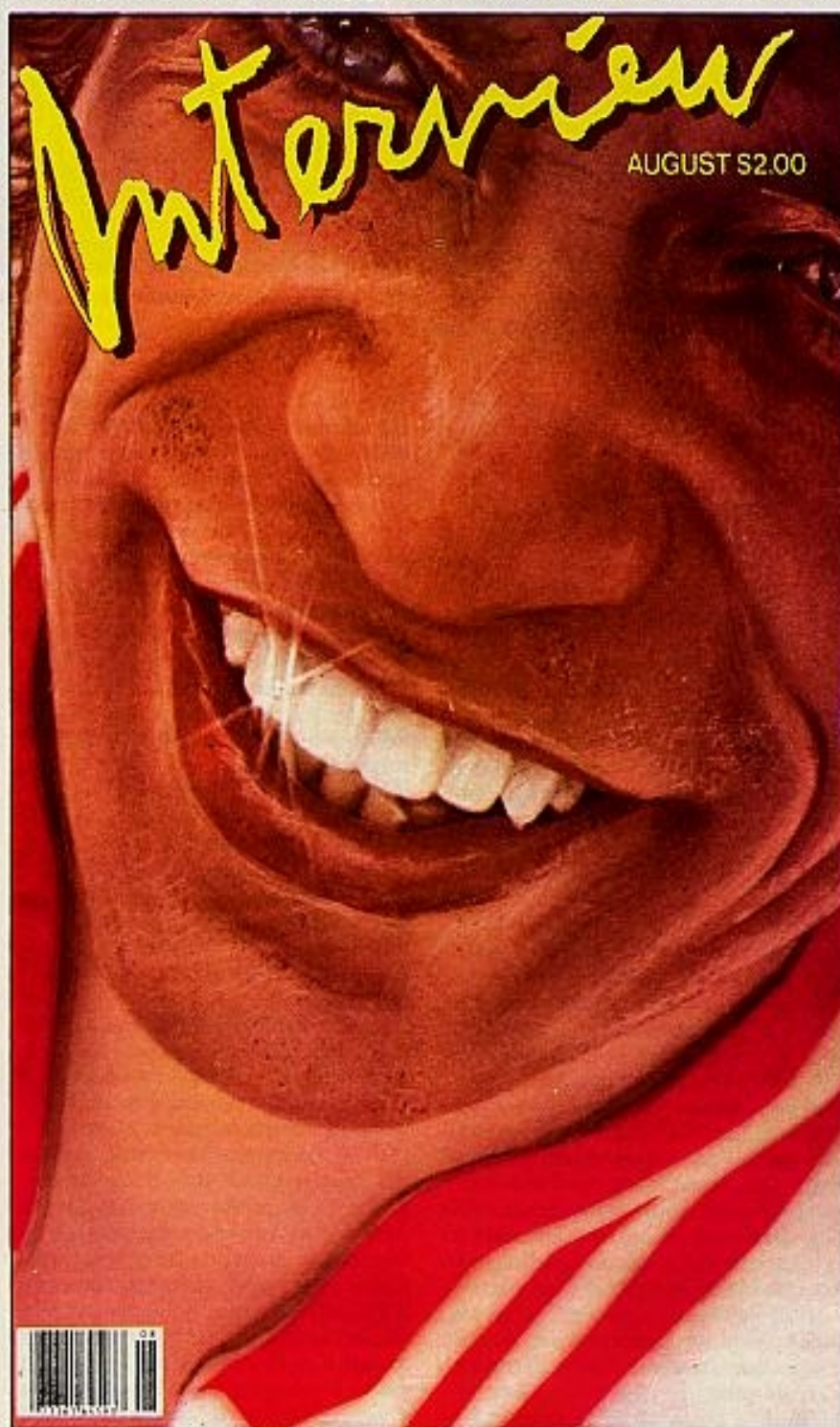
En Londres y Liverpool, ciudades siempre adelantadas en lo relativo a música popular contemporánea, unos chicos de veinte años deciden que ya es hora de que los iconos del Warhol pasado por la *jet-society* dejen de serlo, y pasan a exhibirse llenos de joyas y cubiertos por tejidos nada convencionales. La historia, según algunos, comienza con Steve Strange (Steve Extraño), un excéntrico que se pasea por Kings Road y deja igual de atónitos a los punks de cueros y alfileres que a los turistas que han ido a Kings a ver a los punks. Steve está aburrido de los chicos del imperdible y sus oscuras salas de conciertos, y se une a un tal Rusty Egan —melómano y *disc-jockey*, admirador ferviente de Eno, Bowie, Kraftwerk y Roxy Music—. Juntos conquistan un club, el *Billy's*, donde montan fabulosas *Bowie-nights* en las que suenan los músicos citados y se reparten tarjetas que rezan «*Fame, fame, fame! ¿What's your name?*» (¿No es cierto que eso recuerda a la máxima de Warhol que dice «Todo el mundo tiene derecho a ser famoso durante quince minutos?»).

34 triunfo

«¿Fama, fama, fama! ¿Cómo te llamas?», se preguntaban, y pronto lo sabrían. El método utilizado para llegar a la respuesta no deja de ser curioso: cuando la pareja se apoderó del *Billy's Club*, Rusty fue encargado de la música, y Steve Strange sólo debía pasearse (exhibirse). Al cabo de unas semanas el público se enrareció, y decidieron que Steve estaría en la puerta del club, indicando quién de-

bía pasar y quién no. Su presencia tan cerca de la acera, y su actitud en los conflictos que surgieron, acrecentaron su popularidad. Pronto surgieron los problemas con la empresa, y Rusty y Steve, perfectamente altivos y sabedores de su gancho, dieron a Billy una puerta (más bien *le dejaron* la puerta) y se hicieron con un club nuevo, el *Blitz*, en el que fueron dueños y señores. Aquello fue el delirio, y al

Portada de la revista «Interview» fundada a principios de los 70 por Andy Warhol y otros héroes del arte *pop*: ahora se está imitando en todo el mundo.



Septiembre 1981



Adam Ant, padre del grupo «Adam and the Ants». En sus actuaciones sus miembros se visten con casacas de húsares y se pintan y peinan como los indios norteamericanos.

poco tiempo estuvo lleno de adolescentes glamourosos y héroes y guerreros enfermos de *make-up*. Los atuendos de Steve Strange eran cada vez más ricos —cosas de la prosperidad— y la clientela inventaba para cada noche un nuevo exotismo para cubrir sus desnudeces hasta que un pasional y efímero chico encuentra chica obviara la necesidad de trapos y terciopelos. Aparte de estos episodios, lo que había ocurrido, por fin, es que la moda se había puesto de moda. La frase parece feliz, pero el evento es esencialmente absurdo. Casi tan absurdo como que la gastronomía se ponga de moda (eso ocurre ahora en España, pero debe ser por lo de los cuarenta años). En todo caso, para Steve Strange todo esto equivalía a algo tan serio (¿y tan absurdo?) como el éxito, y pensó que ya no era el momento de ejercer como matón de club. Además, a principios de 1981, era casi escandaloso que todo ese marasmo aconteciera en torno a discos de los años setenta. Por ello, y porque eran jóvenes e individualistas (el indi-

vidualismo, por cierto, es la gran baza de los que ahora hacen el rol de teóricos del neorromanticismo, o como lo llamen), Rusty y Steve llamaron a músicos de grupos modernos y fuertes que sólo elogiaba cierta crítica —Midge Ure y Billy Currie, de *Ultravox*, y Dave Formula, de *Magazine*— para formar *Visage*, un invento que, en principio, recuerda bastante a los supergrupos como *Blind Faith*, o *Cream*, que aparecían y desaparecían, durante los setenta.

La música de *Visage* es comercial,ailable y muy elaborada, y tiene gran interés técnico. Algo parecido ocurre con los llamados *Spandau Ballet*, grupo que, con el anterior, forma (aunque sus miembros, por ese inefable odio a las etiquetas, se obstienen en negarlo) parte de la avanzadilla neorromántica. El mayor de sus miembros tiene 23 años, y su productor Richard Burgess es a su vez líder de los siderales *Landscape*, que citábamos al principio. Su elepé se llama *Journeys to Glory* («Viajes a la Gloria») y su casa de discos —propia— *Reforma-*

tion, pero ellos insisten en que son apolíticos y en que lo de *Spandau* no tiene nada que ver con Rudolf Hess: el nombre lo eligieron por meras razones fonéticas: «*Spandau Ballet... sounds good*», dicen). Se les supone un culto a la belleza que, conociéndoles en persona, un poco, es presunción más que cuestionable. Ellos son chicos parecidos a los que, desde hace más de un lustro, llenan en verano las discotecas de moda en Ibiza, y, aunque en la carpeta de su disco haya un dibujo amigo del *Discóbolo* de Mirón, ignoran sin pudor, por ejemplo, quien era Jenofonte. Cuando, hace unos meses, confesaron esa y otras lagunas, los que creíamos que, al fin, el rock y el pop se habían integrado en la Historia de la cultura, sin complejos, fuimos ligeramente decepcionados. Pero a ellos no les importaba nada: dijeron que la estética grecolatina estaba en su carpeta porque «it looked good».

De hecho, y así es el siglo, ocurre que las letras de los neorrománticos son meramente funcionales y, aunque se agradece la ausencia de aberraciones sintácticas y la indudable fuerza acústica, hay una cierta grandilocuencia muy poco justificable. La músicaailable sintetizada de los comienzos tiene, tanto en *Visage* como en *Spandau*, un aroma de pretenciosidad que puede defraudar al observador atento, aunque el sonido siga siendo rico y contagioso. Hay grupos más recientes que, no sintiéndose precursores, no rezuman ese aire himnico, pero resultan demasiado comerciales, menos inspirados. Sus nombres tienen gracia: *Duran, Duran; Classic Nouveaux; Blue Rondo a la Turk*. Esas denominaciones, sin duda, aprovechan lo del romanticismo nuevo, y es lamentable la simpleza implícita en la maniobra. Igual que en *Visage* o en *Spandau Ballet*, que son llamados neorrománticos porque, además de vestirse como si fueran a posar para el *Vogue* (revista que, dicho sea de paso, no les hace ningún caso), en sus letras triviales incluyen algún galicismo tipo «rendez vous». Es muy sospechoso, porque en el Reino Unido nacieron gentes como Shelley, Byron, o, sin ir muy lejos, el buen Gerald Brennan.

De románticos, entonces, nada. Nuevos, jóvenes y listos sí son, algunos, y hasta tienen talento, unos cuantos. No tienen nada que ver con los nazis, no se pegarían con nadie: son una especie inequívocamente hija de la democracia rica, y su pericia técnica nos reconcilia un poco con el progreso, pero eso es todo, de momento... ■ A. T.